

Una vida en el día de Félix Goñi

Félix Goñi

*Conferencia pronunciada
el 11 de marzo de 2008*

Forum Deusto

Una vida en el día de Félix Goñi

Félix Goñi

Director de la Unidad de Biofísica, CSIC-UPV/EHU

Antes de entrar en materia, Vds. me permitirán que aclare que, como en el viejo chiste, el título de esta charla es original... pero no es mío. Se trata más bien del título general de una serie de entrevistas que publicó el suplemento dominical de *The Times*, hace ya casi treinta años. Pero me ha parecido oportuno adaptarlo a esta circunstancia porque resume bien, como veremos pronto, mi respuesta a la pregunta pòrtico de este ciclo de conferencias, «*Vivir ¿para qué?*»

Efectivamente, no quiero hablarles de cómo es un día en mi vida, que es como un día en la vida de cualquiera. Lo que quiero es reflexionar e invitarles a reflexionar conmigo, sobre cómo cada uno de nuestros actos está enmarcado, engarzado y casi encadenado con otros actos anteriores, cómo nuestra vida hoy es distinta de nuestra vida ayer, porque la de hoy incluye también las experiencias de ayer, cómo nuestro hoy encierra toda nuestra vida pasada, y las vidas de nuestros antepasados, humanos y no humanos. En palabras de Jorge Luis Borges, «...el reflejo / de tu cara ya es otro en el espejo / y el día es un dudoso laberinto. / Somos los que se van. La numerosa / nube que se deshace en el poniente / es nuestra imagen. Incesantemente / la rosa se convierte en otra rosa. / Eres nube, eres mar, eres olvido. / Eres también aquello que has perdido».

Vamos, pues, a explorar el vidrioso tema de cómo nuestra historia, personal y colectiva, influye en nuestros actos de hoy, y cómo nuestro hoy puede influir en nuestro mañana. Y, desde luego, tendremos que meditar sobre cómo, al igual que nuestro hoy está abierto a tantos pasados distintos, está también abierto a numerosos futuros, el nuestro propio y los de todo el universo. Con esto es posible que tengamos algunos elementos para contestar a la preguntita de marras.

* * *

Decimos que el ser humano es un animal histórico. ¿Qué queremos decir con eso? En mi opinión, lo que queremos indicar es que el ser humano, único entre los seres vivos que posee esta propiedad, se sabe eslabón de una cadena que, aunque formada por elementos mortales, es, a la escala de la vida humana individual, una cadena impercedera. El individuo humano es consciente de que es mortal. Pero, al mismo tiempo, sabe que tiene a sus espaldas un sinfín de generaciones de antepasados, y que será seguido por otras tantas generaciones de descendientes. Y, lo que es muy importante, esto lo sabe no porque lo haya descubierto por sí mismo, sino porque se lo han enseñado. Se lo han enseñado sus padres, sus antecesores, por la vía del lenguaje. La evolución en la especie humana de la capacidad de un lenguaje simbólico abstracto es, no hace falta decirlo, lo que permite la conciencia histórica de la humanidad, con su cara y su cruz, la permanencia y la mortalidad.

Naturalmente que no somos conscientes de todo este pasado y futuro al realizar las operaciones cotidianas elementales, y sin embargo, pasado y futuro están ahí. Por tomar un ejemplo banal, consideremos el acto matutino de limpiarse los dientes. No hemos tenido que leer a Toynbee para enmarcar adecuadamente ese acto mínimo y automático en un contexto histórico. Y sin embargo, nos lavamos los dientes porque nuestros padres nos inculcaron la costumbre, y porque nuestra propia experiencia anterior nos muestra que el lavado proporciona un frescor de boca agradable; y no utilizamos un dentífrico ni un cepillo cualquiera, sino unos que la costumbre ha hecho nuestros, quizá después de haber probado varios, etc. Todo el pasado de la higiene bucodental humana está en esa acción mínima. Y también está el futuro. Me limpio los dientes porque sé (porque me han enseñado) que es importante para mi futura salud dental. Y se trata de un hábito que mis hijas han visto de niñas, y lo han imitado, y lo van a continuar, etc. No hay actos aislados, por lo mismo que no hay actos repetibles. Cada acto es único e irreplicable, porque cada uno se produce en un momento distinto de la historia, personal y de la especie. En la vida humana más monótona no hay dos días iguales, porque cada uno presenta la novedad de incluir, en su historia, la del día anterior, y sirve de pórtico al día siguiente que, por eso mismo, será distinto. «Incesantemente, la rosa se convierte en otra rosa». En mi vida, en mi día, en los de todos Vds., hay actividades muy variadas, pero todas ellas atravesadas por el hilo, tenue y continuo, de la historia. Permítanme que repase con Vds. casi todas ellas.

He dicho *casi todas* pues, evidentemente, hay una vida íntima, de la que no voy a hablar, entre otras cosas porque si hablara de ella de-

jaría de serlo. Esta es una, una de tantas, cosas raras de la especie humana, pero una que nos puede servir también al propósito de esta conferencia. Por supuesto que no nos conocemos a nosotros mismos. Quizá no conocemos ni una pequeña parte de nuestra propia personalidad. Desde antiguo se tuvo por sabio al hombre que se atrevía a explorar su interior. Pero, incluso de aquella parcela que conocemos, ¡cuánto nos callamos! No por cálculo, no por oportunismo, no con intención de mentir, no me refiero a eso. Hablo más bien de aquellos jardines preciosos de los que sólo nosotros tenemos la llave. Aquéllos que sólo a nuestra pareja, sólo a un par de amigos «íntimos» permitimos atisbar desde lejos y por breve tiempo. Por los poetas, no por los científicos, sabemos que estos castillos interiores existen. En los sueños, no en la realidad, penetramos en ellos con paso confiado. ¿De qué ladrillos están contruidos? ¿Cómo es posible que, en temas de los que no hablamos con nadie, se den tantas coincidencias en la mente humana? Porque esas coincidencias existen. No sabemos si la parte común de nuestras zonas secretas es minoritaria o mayoritaria, pero con certeza existe. Por eso comprendemos la poesía. Por eso Homero, y Horacio, y Virgilio, después de tantos siglos, siguen hablándonos al corazón. Por eso nos altera, de forma a veces incomprensible para la razón («síndrome de Stendhal») la contemplación de la belleza pictórica, o escultórica, o arquitectónica. Por eso llora un joven agnóstico del siglo XXI al oír la coral última de la Pasión según San Juan, de Bach. Porque, ésta es una clave para mí importante, el arte no es sólo belleza explicable racionalmente. Lo bello de lo que se puede dar razón detallada no es bello, sino bonito. La belleza es privilegio de la obra artística, y la obra artística tiene que perturbar, y no sólo contentar.

(Ya ven Vds. cómo nos las gastamos algunos. En medio minuto, y como sin querer, construimos una teoría del arte, y luego pasamos a otra cosa).

Volvamos a la cotidiana vida, al vivido/viviente día de Félix Goñi. ¿Cómo describirla, describirlo? No, desde luego, cronológicamente, esto sería en gran manera previsible, *ergo* aburrido, y sobre todo nos perderíamos en los detalles. Quizá sea mejor hacer una clasificación cuantitativa de mis actividades, empezando por las que me ocupan más tiempo. Ahora que lo pienso, es probable que la actividad que más largo (y fructífero) tiempo me ocupa en el día, o más bien en la noche, sea la del sueño. Siete horas y media, rato más o menos, de cada veinticuatro, dedica quien les habla a esta actividad que nos saca del mundo en que vivimos para introducirnos en el mundo que vive en nosotros. El sueño, desde luego, nos reposa. Pero, lo que lo hace, además, fructífero, son

los sueños, los ensueños. Todos soñamos todas las noches, pero sólo por accidente recordamos alguna vez lo que hemos soñado. La actividad cerebral durante los ensueños es desenfrenada. Se ponen en marcha circuitos neuronales inactivos durante la vigilia, y entran en comunicación los recuerdos conscientes y los inconscientes. Nuestra personalidad, nuestra persona, se autoconstruye de nuevo cada noche, sin que nosotros nos percatemos de ello. Cada día es distinto del anterior, entre otras cosas porque entre uno y otro se ha producido la recombinación (¿aleatoria?) de nuestras experiencias sensibles e insensibles. No es extraño que, a lo largo de toda su historia, bien de forma bellísima, como en algunos cuentos de las Mil y Una Noches, o ramplona, como en los estudios pseudocientíficos de Freud, los hombres hayan intentado utilizar los sueños para atisbar los mundos más desconocidos, los mundos interiores. El hombre es un misterio, se mire por donde se mire, y esto de que, en gran manera, las cosas más importantes que nos ocurren nos ocurran sin enterarnos, no es más que una de las muchas facetas de ese misterio.

Ya estaba implícito en algunas de mis palabras anteriores, y ahora lo digo con todas las letras: a la hora de penetrar en el misterio del hombre, los artistas les dan sopas con honda a los científicos. Les pondré dos ejemplos, ambos referidos al mundo de los sueños. El primero, el del bilbainísimo Unamuno, con sus palabras proféticas y sensacionales en la «*Vida de Don Quijote y Sancho*».

Tú, Dios de mi sueño, ¿dónde acoges los espíritus
de los que atravesamos este sueño de la vida tocados
de la locura de vivir por los siglos de los siglos venideros?
nos diste el ansia de renombre y fama,
como sombra de tu gloria; pasará el mundo;
¿pasaremos con él también nosotros, Dios mío?

¡La vida es sueño! Será acaso también sueño, Dios
mío, éste tu Universo de que eres la conciencia
eterna e infinita?, ¿será un sueño tuyo?, ¿será que
nos estás soñando? ¿Seremos sueño, sueño tuyo,
nosotros los soñadores de la vida? Y si así fuese,
qué será el Universo todo, qué será de nosotros,
qué será de mí cuando Tú, Dios de mi vida, despiertes?

¡Suéñanos, Señor!

El segundo ejemplo, muy diferente pero igualmente perturbador y magnífico, es el poema de Heine «*Der Doppelgänger*», «*El Sosias*» en el que el poeta explora los mundos, inquietantemente cercanos, del

sueño y del trastorno mental. El poema fue engrandecido, si era posible, por la música de Schubert, y lo escuchamos aquí en la versión de Hans Hotter y Geoffrey Parsons.

Still ist die Nacht, es ruhen die Gassen,
In diesem Hause wohnte mein Schatz;
Sie hat schon längst die Stadt verlassen
Doch steht noch das Haus auf demselben Platz.

Da steht auch ein Mensch und starrt in die Höhe
Und ringt die Hände vor Schmerzengewalt;
Mir graust es, wenn ich sein Antlitz sehe-
Der Mond zeigt mir meine eigne Gestalt.

Du Doppelgänger, du bleicher Geselle!
Was äffst du nach mein Liebesleid,
Das mich gequält auf dieser Stelle
So manche Nacht, in alter Zeit?

Tranquila está la noche, las callejas descansan,
En esta casa vivía mi amada;
Hace mucho que ella abandonó la ciudad,
pero aún está la casa en el mismo lugar.

Allí hay un hombre que mira absorto a lo alto
Y de acerbo dolor se retuerce las manos...
Me horrorizo cuando veo su rostro
La luna me muestra mi propia imagen.

¡Tú, doble, tú, pálido compañero!
¿Por qué remedas mis penas de amor,
que hace tiempo me atormentaron
tantas noches en este mismo lugar?

* * *

Ya le hemos dado al sueño la importancia que el sueño tiene ¿Qué otras actividades encontramos en la vida de Félix Goñi? Por enumerar las más importantes, está el tiempo para trabajar, el tiempo para la familia, el tiempo para comer, el tiempo para el arte, el tiempo para el ejercicio físico, y también, por qué no decirlo, el tiempo para rezar.

El trabajo. ¡Qué difícil llamar trabajo a lo que es, verdaderamente, una pasión! ¡Qué difícil reclamar un sueldo digno (que no cobramos) cuando pagaríamos, si tuviéramos dinero, por hacer lo que hacemos! ¡Qué rara fortuna, no exenta de inconvenientes, que nuestra principal actividad remunerada coincida con nuestro «hobby»! Pero esas son la gloria y la cruz de la ciencia. Por supuesto, con palabras de Margarita Salas, que repito a menudo, «la investigación, si no es una pasión, no es nada». A mis alumnos les suelo advertir seriamente de que la investigación es una droga dura. ¡Y bien que nos hacen pagar nuestra adicción! Las horas perdidas en burocracia inútil, los días malgastados en tareas rutinarias que debieran llevar a cabo ayudantes que no existen, los meses que transcurren monótonos esperando la evaluación de una solicitud o de un proyecto. Y, sobre eso, las declaraciones triunfalistas (triumfalistas antes de la batalla) de nuestros gobernantes: cada legislatura va a ser «la legislatura de la universidad», cada año, «el año de la ciencia».

Hasta aquí lo que pagamos por nuestra dosis diaria de droga. Pero, naturalmente, lo que obtenemos a cambio lo merece. El buscar una

posible explicación al problema que nos preocupa, el diseñar un experimento para poner a prueba nuestra hipótesis, el obtener un resultado, cómo no, contrario al esperado, el entender, de pronto, que estábamos equivocados, y que la explicación (¡cómo no lo había visto antes!) es otra, el diseñar un nuevo experimento para probar la nueva hipótesis... Sí, sí, ya sé que esto les recuerda a Vds. los trabajos de Sísifo más que ninguna actividad placentera, pero... ¿conocen Vds. alguna droga cuyo consumo sea placentero? Lo que nos impulsa a consumirlas es el temor al síndrome de abstinencia, y no otra cosa! Pero hablemos, por un momento, en serio. Sí, el diseño de los experimentos, el análisis de los resultados, la sensación, aunque sea fugaz, de que vamos comprendiendo una parte ínfima de la Naturaleza, pero una que hasta ahora nadie había comprendido es, al menos para nosotros, los científicos, una fuente inigualable e insustituible de satisfacciones profundas. Y, por cierto, que una bendición más de este trabajo, es que no hay proporción entre la importancia del problema y la satisfacción que produce su resolución. Esclarecer un problema nimio, pero nuevo, nos estimula más allá de toda medida.

Como dice Juan Urrutia, el trabajo del científico consiste en desentrañar enigmas, convirtiéndolos en problemas solubles por los tecnólogos. Lo raro del caso es que, como sabe incluso el experimentador novato, durante el proceso de resolución de un enigma, aparecen dos o tres nuevos en los que nadie había pensado. El resultado neto es que, cuantos más enigmas resolvemos, más insondable aparece el océano de nuestra ignorancia. Y, si uno lo piensa un poco, la cosa no es de extrañar. Al fin y al cabo, somos materia que ha evolucionado hasta poder pensarse a sí misma. ¡Sería mucho pedir que llegara a autocomprenderse a la perfección!

El tiempo para la familia. Otra medalla con cara y cruz. ¿Cuánto tiempo?, para empezar, y ¿de dónde lo saco? Quiero decir, ¿qué otra actividad recorto? ¿Tiempo de calidad? ¿Qué quiere decir eso? El que mi mujer, mis hijas, me sientan físicamente cercano, sepan que estoy en casa, es bueno, pero, ¿es suficiente? Sobre esto de la cercanía física tengo una experiencia singular. Resulta que mi mujer, Alicia Alonso, trabaja conmigo, en el mismo centro de investigación y en el mismo grupo. Más de una persona me pregunta si no es un poco aburrido esto de estar veinticuatro horas al día junto a tu pareja. Mi respuesta es que, en días en que la distancia media que nos separa es inferior a diez metros, cuando llegamos a casa (habitualmente a horas distintas) nos preguntamos por nuestra jornada y nuestras ocupaciones como si trabajáramos a diez kilómetros uno de otro. No. La cercanía física es

necesaria, pero no es suficiente. Particularmente en la familia, junto a la presencia se tienen que dar las condiciones que permitan la comunicación. Siendo yo un profesional de la educación, parecería normal que tuviera alguna fórmula maravillosa para la conversión de zangolotinos desaseados en ciudadanos modelo, pero no es así, y la verdad es que soy muy escéptico sobre cualquier receta al efecto. Es un dato incontrovertible que mis hijas son las mejores hijas del mundo, pero eso es por lo mismo que mi mujer es la mejor mujer del mundo, o sea, porque son las mías, pero en esto la educación tiene poco que ver. Es probable que mis hijas tengan la sensación de que mi sistema educativo consta de dos elementos, a saber, decir que no a todo, y no soltar el mando de la televisión. Pero seguramente la cosa es más compleja, y la educación de los hijos depende de los padres menos de lo que a nosotros nos gusta creer.

¡Y qué decir de la vida en pareja! Ya perdonarán Vds. que yo sea tan antiguo, pero en cuatro meses vamos a hacer las bodas de plata matrimoniales, y no pensamos en divorciarnos... más de un par de veces por semana. Insisto, seré un antiguo, pero yo creo que a los jóvenes que ahora se casan, emparejan, arrejuntan, o como se diga, nuestra sociedad les oculta un dato fundamental. Digo les oculta, no es que se nos olvida decírselo, es que no se lo queremos decir. El dato, fundamental para la felicidad humana, es que existe el dolor. El dolor, por no hablar de la muerte, es un tema obsceno en nuestra sociedad. Y los pobres inocentes se van a vivir juntitos pensando en el «pan y cebolla». Nadie les ha explicado que la felicidad (en oposición al placer) no consiste en la ausencia de dolor, sino en su aceptación e integración, la felicidad requiere asimilar el dolor, junto con las alegrías.

El tiempo para la comida. Por más que comamos frecuentísimamente fuera de casa, las comidas importantes son las que se hacen en familia. En casa, y en nuestros primeros años, se forjaron nuestros arquetipos de sabores, y, sobre todo, de olores. Nunca volveremos a comer la merluza frita, o el potaje, o la tortilla de patatas de nuestra madre o de nuestra abuela, por la sencilla razón de que los sabores y olores que recordamos no son los reales. Como tantas otras cosas, están idealizados en el recuerdo, y convenientemente aislados de memorias procedentes de la misma época, aunque menos gratificantes. Un grupo minoritario de seres humanos lleva a cabo con naturalidad lo que ninguna otra especie, antes que ellos, había conseguido, o sea, comer todos los días. A lo largo de cuatro mil millones de años, lo que ha limitado la expansión de las especies ha sido la limitación de alimentos. En la actualidad, sin embargo, y para una parte de nuestra especie, lo

que hay es un exceso de alimentos. *Homo sapiens*, entre otras rarezas derivadas de su evolución cultural, ha conseguido disociar los placeres sensoriales de su correlato evolutivo: comemos y bebemos procurando no incrementar nuestro aporte energético, por lo mismo que copulamos para el placer, y no para la procreación. El hombre es el único animal que come en compañía, es el único que puede intercambiar opiniones sobre la comida, y en torno a una comida. La familia que come unida, permanece unida.

El tiempo para el arte. ¿Cómo tienes tiempo para tantas cosas?, me preguntan con frecuencia. Mi respuesta es que yo tengo veinticuatro horas al día, como todo el mundo, y que yo mismo no entiendo bien cómo me las arreglo. Pero lo cierto es que hay una parte significativa de mi vida, digamos una hora al día, por término medio, para el arte. Yo he sido un gran consumidor de arte, sobre todo literatura y música. Ahora soy un consumidor moderado de literatura, y un ejercitante de la música. El canto, actividad que practico desde hace unos ocho años, me ha descubierto, literalmente, nuevos mundos, casi todos, como siempre, dentro del mío, pero también algunos compartidos con otras personas. La música es una maravillosa herramienta de integración de las alegrías y tristezas, del pasado y del futuro, de lo trascendente y lo inmanente, en nuestras vidas. Así lo percibió un poeta mediocre, pero gran aficionado musical, Franz von Schober, que compuso este breve poema, «*An die Musik*», puesto en música por su amigo y protegido Schubert. Aquí lo escuchamos a Dietrich Fischer-Dieskau con Gerald Moore al piano.

Du holde Kunst, in wieviel grauen Stunden,
Wo mich des Lebens wilder Kreis umstrickt,
Hast du mein Herz zu warmer Lieb' entzunden,
Hast mich in eine bess're Welt entrückt!

Oft hat ein Seufzer, deiner Harf' entflossen,
Ein süßser, heiliger, Akkord von dir
Den Himmel bess'rer Zeiten mir erschlossen,
Du holde Kunst, ich danke dir dafür!

¡Oh, arte benévolo, en cuántas horas sombrías,
cuando me atenaza el círculo feroz de la vida,
has inflamado mi corazón con un cálido amor,
me has conducido hacia un mundo mejor!

Con frecuencia se ha escapado un suspiro de tu arpa,
un dulce y sagrado acorde tuyo
me ha abierto el cielo de tiempos mejores.
¡Oh, arte benévolo, te doy las gracias por ello!

El tiempo para el ejercicio físico. ¿Para qué se lo voy a ocultar? ¡Odio el deporte! Pero, por su historia natural, la especie humana no está hecha para vivir más allá de los cuarenta, y mucho menos comiendo todos los días, y sin moverse de un sillón. O sea que, una vez más, la técnica tiene que complementar a la naturaleza. En otras palabras, tengo que obedecer al médico, y darme un paseo higiénico todos los días, o al menos todos los que puedo. La verdad es que no me

molesta, y que de hecho disfruto de esa hora de soledad y silencio. Pero no puedo dejar de pensar en que el rato del paseo es un rato que pierdo de leer novelas en el sofá. ¡Qué le vamos a hacer! Lo dicho, el día tiene veinticuatro horas, y ni una más.

El tiempo para creer. Me parece tan inevitable como poco apetecible hacer aquí una mención a la trascendencia. El recordado José Luis López Aranguren dijo alguna vez que, en los tiempos que corren, si uno se declaraba creyente corría el riesgo de ser tomado por un hipócrita, o por un insensato. Se le olvidó al ilustre filósofo cristiano una tercera posibilidad, de la que quizá me hallo más cerca, que es la de ser un hipócrita insensato. El lugar común quiere que los científicos seamos ateos. Los que conocemos la ciencia por dentro sabemos que entre los científicos, como entre los vendedores de coches, o entre las peluqueras, hay unos pocos ateos, bastantes creyentes, y la mayoría que ni fu ni fa. Las personas que piensan, que las hay, que la Biblia es una fuente de información científica, sobre todo cosmológica, están creo yo tan despistadas como las que rechazan toda referencia a lo sobrenatural argumentando que sólo creen en lo que puede ser demostrado. Estas últimas, más abundantes en nuestro entorno, parecen olvidarse de que toda la ciencia está basada en el postulado, indemostrado e indemostrable, de que la naturaleza es asequible a la razón humana. Más importante, los fundamentalistas del racionalismo parecen ignorar que algunas de las mejores cosas de la vida, y algunas de las más importantes, no obedecen a la razón. Sin ir más lejos, acuérdense de lo que he dicho de mi maravillosa mujer y de mis encantadoras hijas, que, objetivamente hablando, son unas brujas.

Crear es difícil, porque «los caminos del Señor no son vuestros caminos». Creer es insensato, «credo quia absurdum». Creer es... imprescindible. Amén.

* * *

Ha llegado el momento de recapitular, y de ir dando respuesta concreta a la pregunta objeto de nuestra reflexión. «Vivir, ¿para qué?» Pues bien, al sentirme incapaz de dar una respuesta, voy a dar tres: vivo para la vida, vivo para hacerme humano, vivo para hacerme divino.

Vivir para la vida. En el lenguaje común, la palabra «vida» se refiere sobre todo, a la vida individual, en expresiones como «se pega la gran vida», o, «en vida de mi difunto abuelo», etc. En cambio, los biólogos tenemos la deformación profesional de considerar sobre

todo la vida como un proceso continuo, que comenzó en el planeta Tierra hace unos cuatro mil millones de años, y que terminará en un horizonte que hoy por hoy no podemos predecir. Hay algo en nosotros, desde la primera célula hasta todos los seres vivos en la actualidad, que nos impulsa a multiplicar lo que André Lwoff llamó nuestro «orden biológico específico». O, como su colega François Jacob solía decir, «el sueño de toda célula es convertirse en dos células». Yo soy consciente, muy consciente, de que provengo de ese linaje. Lo he dicho antes, y lo repito, soy materia del planeta Tierra, mis antepasados son los seres vivos que han poblado el planeta en los últimos cuatro mil millones de años, y las moléculas y átomos que existían antes que ellos. Soy materia que ha desarrollado la asombrosa propiedad de la autorreflexión, y ello me permite estar muy orgulloso de mi linaje, y aceptar que vivo, primariamente, para reproducir mi especie. Mi inolvidable profesor de genética, Don Álvaro del Amo, que era célibe consagrado, decía de sí mismo: «Yo estoy genéticamente muerto». Félix Goñi lo estaría también, pues, salvo sorpresas muy, muy gordas, no espera tener más hijos. Pero la evolución cultural no descansa, y ha conseguido que las hembras de la especie humana, únicas entre los primates, tengan menopausia. Así podemos los humanos dedicarnos a cuidar a las crías de la siguiente generación, vulgo los nietos. Por mí, pueden esperar bastante.

Vivir para hacerme humano. Un perro muere de viejo tan perro como nació. Lo que es más, en todos los miles de años que la especie perruna lleva sobre la tierra, no ha variado ni un ápice su perridad. Sólo en la especie humana, mediante la lógica simbólica y el lenguaje, se da la evolución cultural que nos permite humanizarnos progresivamente, como individuos y como especie. La humanización es, en realidad «historización». Sólo los humanos tenemos historia, y nos hacemos más humanos al penetrarnos de/en esta realidad. La humanización progresiva de la especie, o sea, la creciente complejidad de las relaciones, sincrónicas y diacrónicas, entre los individuos y con el entorno, es una característica específica, e inevitable, a favor o en contra de la cual poco podemos hacer. Sin embargo, a nivel del individuo, la situación es distinta. Todos nos humanizamos (socializamos) a un nivel básico, a través de la infancia, y sobre todo de la niñez, etapa desconocida en el resto de los animales. Pero, a partir de la adolescencia, está en nuestra mano proseguir o no la tarea, gloriosa tarea, de nuestra propia humanización individual. Leí a Teilhard, como a tantos otros autores, demasiado joven, y recuerdo el entusiasmo que me produjo su frase: «Ser más es, ante todo, saber más». Hoy también la suscribo, desde luego, pero con

matizaciones. Ser más es saber más. Saber, por ejemplo, que el corazón tiene razones que la razón no entiende. Es raro el día que no capte algún nuevo dato científico, pero no todos los días me humanizan.

Vivir para hacerme divino. Dicho así, aparte de insensato, suena casi blasfemo. Pero, ¿de qué otra manera podemos interpretar las promesas de la Revelación? No digo que seamos dioses, pero sí que veamos a Dios, lo cual, desde la perspectiva humana, es como divinizarse. «Dios todo en todos», ese es el objetivo, y la meta que nos espera.

Ya sé que después de insistirles tanto en lo de la materia, y la materia, este último salto puede resultar desconcertante. ¡Pues, claro que lo es! ¡Se pensarán que a mí me parece una cosa de lo más corriente! En cierto modo, no nos asombramos lo suficiente porque estamos acostumbrados al relato cristiano. Algo específicamente original del cristianismo, la Encarnación de Dios en un Hombre, es un auténtico cruce de planos, humano y divino, temporal y eterno, en un momento preciso de nuestra historia. Por eso a los cristianos, dentro de lo que cabe, no nos extraña tanto la «divinización» a la que antes me refería. No en vano, por el bautismo, vivimos ya, de alguna manera, la vida plena, la vida divina. Por eso también, uno de los pasajes evangélicos más sugerentes para mí es la Transfiguración. Allí aparecen, en armonía, el Antiguo Testamento y el Nuevo, lo humano y lo divino. Por eso, en fin, en clave cristiana, el hacerse divino es inseparable del esfuerzo de autohumanización.

A la hora de concluir me doy cuenta de que, sin quererlo, los tres objetivos vitales a los que me he referido se corresponden bien con el título de un libro que fue importante hace sesenta años, «*Naturaleza, historia, Dios*», de mi ilustre paisano don Xavier Zubiri. Vivir para la Naturaleza, y en la Naturaleza, vivir para la Historia y en la Historia, vivir para Dios y en Dios. Quizá las tres cosas no sean tan distintas, como magistralmente explicó el filósofo donostiarra.

